

un ligero desdén hacia los códigos.

—Anota esta observación para mis biografos — me decía humorísticamente—. Dando una inequívoca prueba de buen gusto aborrezco las leyes, la ciencia jurídica y la dialéctica procesal.

Así fué efectivamente; su actividad, sus ilusiones y sus desvelos fueron para el arte.

Muy joven fué colaborador de «La Crónica Meridional». Allí figuran sus primeros ensayos literarios, lo que él llamaba sus niñerías.

Después cuando en Berja se fundó «Patria Chica» entró en ella de redactor. En «Patria Chica» hizo Manuel una gran labor de periodista; en la escuela de sus columnas comenzó a fijar definitivamente su estilo; su personalidad quedó allí abocetada.

Su primer gran triunfo fué en 1915. En aquel concurso literario que «Blanco y Negro» organizó Manuel Salmerón fué a él con un solo cuento. Lo envió como lo hizo todo en este mundo: sin grandes ilusiones. Fué premiado; sonrió el amigo.

En sucesivos certámenes de la misma revista, obtuvo igual recompensa. Como definitivo reconocimiento de sus grandes méritos de escritor, «Blanco y Negro» aceptó en sus colaboradores. Fué este el más grato título que poseyó Manuel.

Como periodista también triunfó. En un certamen que la Cruz Roja de Cartagena organizó en Agosto del 17 le fué premiado una crónica maravillosa.

Ultimamente gestionaba con buen éxito para lanzar su firma a varias revistas americanas.

**

Esto, lector, es solo algo de aquella vida, vista desde afuera. Una breve impresión de la proyección en el mundo de aquel espíritu selecto.

Su vida fué inquietud y trabajo. Vida ejemplar de intensas horas de estudio, perfumada de nostalgias de poeta y alguna vez angustiada por la argolla fatal de una filosofía pesimista, muy personal, muy suya.

SU OBRA

Si la juventud—que ha sido su única vida—fué efímera, su obra quedará como glorioso penacho de su nombre imperecedero.

La potencialidad de su inteligencia era extraordinaria. Crónicas, cuentos, novelitas, ensayos, versos, bocetos teatrales... En todos los géneros literarios entró a laborar su pluma maestra.

Trabajó incesantemente. Ni su pluma ni su cerebro han conocido el reposo. La inquietud espiritual de su vida mantuvo su inteligencia en constante dinamismo...

Con una leve humildad—humildad de hombre bueno e inteligente—con un suave pesimismo—pesimismo del que sufre la herida de una triste historia de amor—Manuel Salmerón ha laborado infatigable...

Aislado en este rincón, apartado de la gran vida, lejos de esos ateneos y esos cenáculos literarios que tan rápidamente hacen prestigios, hizo se le penoso el camino.

A veces el pequeño luchador se quejaba de las amarguras de la lucha; alguna vez desalentado pensó hacer renunciación de toda su quimera; pero su espíritu siempre alto le empujaba hacia la cumbre, su ansia de llegar ponía nuevos bríos en su voluntad; la crisis pesimista pasaba, se iba. Y de nuevo volvía a sus libros... a sus cuartillas... a sus ideales. Y seguía escribiendo, leyendo, estudiando, pensando... ¡Pobre luchador...!

Todas sus emociones, todos sus sentimientos, todos sus afanes, tuvieron su epílogo en las cuartillas; en ellas ahogó más de un desasosiego y en ellas encontró lenitivo y solaz.

La historia íntima de su vida puede encontrarse en sus escritos; más o menos disfrazada hay un pedazo de vida suya en cada cuartilla.

Su estilo fué un estilo español, muy español.

Hecho de intuiciones de poeta, —luminosas, claras como pedrería— de poeta-pintor que va buscando la luz y el color para herir fijamente la sensibilidad del que leyere, la retórica en su estilo tiene esta misión única; ir salpicando su pensamiento de manchas de color. Y por eso en todos sus escritos hay siempre algo de esto que se ha llamado la «frase bonita». Su pensamiento (siempre delicado y siempre exquisito)—a través de su dicción primorosa pasaba como pasa entre flores agua clarísima; al escribir cuidó extremadamente de dar al lector esta impresión de belleza. Y pulimentaba su estilo, lo acicataba, lo engalanaba con verdadera coquetería.

**

Su fecundidad era maravillosa. Escribía casi con la misma rapidez que pensaba. La trayectoria de sus sensaciones de la sensibilidad a la imaginación y de esta a la pluma, era rápida y constante. Casi una obsesión, un vértigo. Su fantasía hubiera transformado toda la vida en literatura y la hubiera novelado

en una sola jornada de trabajo. Recuerdo que la conferencia que leyó en la exposición Martínez Checa, la hizo en una noche, en unas horas de labor. Una tarde se decidió a escribirla; pensó un poco, leyó otro poco y a la noche, ordenó sus cuartillas, tomó la pluma y cuando se retiró a dormir, la conferencia estaba hecha. A otro día al darme a conocer las cuartillas me decía sonriendo:

—Ahi está íntegra, yo creo que no está mal, pero tengo un miedo casi superticioso a que efectivamente lo esté. Sospecho que las cosas buenas han de hacerse laboriosamente y no con la velocidad que trabajo yo. Si nada hecho rápidamente, está bien hecho, eso hay que romperlo.

La conferencia, lector, ya la conoces. Fué un verdadero éxito, un estupendo ensayo de crítica. Y sin embargo, la hizo en un rato. ¿Que más se puede pedir a un artista?

**

Y ahora lector dos palabras para terminar.

¿Que noble concepto no formarías de nuestro Municipio si un día llegaras a saber que en sus presupuestos existía un capítulo que empezara así: «Por editar las obras completas de Manuel Salmerón hijo dilectísimo que dió a Berja prestigios de cuna patricia...»

Verdad lector, que con un poco de cariño y otro poco de buena voluntad, este rasgo honroso sería factible?

MANUEL GONZALEZ R.

Nuestro pesar

También nosotros, los que confectionamos este periódico, hemos sentido la muerte, del que fué en vida noble caudillo de su patria chica don Manuel Salmerón Pellón.

En la única visita que a nuestro taller hizo, dejó entre nosotros tal estela de simpatía y cariño, que el afecto y respeto que hacia el señor Salmerón sentimos desde entonces, no fué suficiente para corresponder a tan inmensa gratitud.

Nuestra torpe pluma no acierta a seguir detallando las dotes de caballerosidad, que a su paso por esta casa, dejó tan malogrado y querido señor.

A Berja, cuna de tan amado hijo, a GENTE NUEVA y a la familia del ilustre finado, rogamos acepten estas toscas líneas, como prueba de nuestro profundo pesar.

Los Tipógrafos